



TODOS ESTAMOS LLAMADOS A LA SANTIDAD

Ante el 1 de noviembre, día de todos los Santos

Escrito dominical, 31 de octubre

Durante estos próximos años, en clave presinodal, unidos a la propuesta del Papa Francisco de un tiempo para una conversión personal que nos lance a una misión evangelizadora, ante la solemnidad de Todos los Santos, os propongo para vuestra reflexión y oración tres claves, que parten de nuestra vocación común a la santidad (sacerdotes, vida consagrada y laicos) y que desde el Bautismo nos identifica con los sentimientos del Corazón de Cristo.

1. Llamados todos a la santidad. Es la exhortación que repite el Concilio Vaticano II para todos los bautizados. La santidad es una exigencia del bautismo. No ser santo es el error más grave de la vida. Es quedarse a medio camino.

Cuando en nuestra vida nos tomamos en serio nuestro bautismo y vivimos a la luz del Evangelio lo que vivió Jesús nos encontramos con este texto de Mt. 5, 3-12 donde Jesús dicta las leyes del Reino, que son reflejo de su Corazón, de su entrega, de su amor generoso, de su vida tejida de un amor que da la vida.

2. Llamados a la santidad, porque los sueños se construyen juntos. Este es el lema de este curso pastoral, y como digo en mi carta pastoral **«Los sueños se construyen juntos»**, «sois laicos, no por defecto, sino por vocación y la vocación laical no puede ser considerada una vocación residual. Es una de las tres formas de vivir la llamada común a la santidad».

Sin esta llamada a la santidad nos quedamos sin horizonte y sin perspectiva de vivir el presente, tendiendo a la vida eterna, que ya comienza aquí y que nos lanza a transformar el mundo según el Corazón de Dios.

3. Santidad laical. En la construcción de la comunidad, los laicos han de tener un papel fundamental, pero no es posible vivir la vocación laical sin identificarse con los sentimientos del Corazón de Cristo, que tiene como base lo que el Señor nos transmitió a través de las Bienaventuranzas, que, como nos recordó el año pasado el Papa Francisco en la primera de sus catequesis sobre ellas, son «la “carta de identidad” del cristiano, porque describen el rostro y el estilo de vida de Jesús». El bienaventurado es «una persona que está en una condición de gracia, que progresa en la gracia de Dios y que progresa por el camino de Dios: la paciencia, la pobreza, el servicio a los demás, el consuelo... Los que progresan en estas cosas son felices y serán bienaventurados» (Catequesis 29 de enero de 2020).

Las Bienaventuranzas son el Corazón de Cristo, las entrañas del Evangelio, la llamada permanente que hace la Iglesia a sus hijos, para que vivan reflejando el amor de Dios en la vida de cada día. Son una auténtica y continúa llamada a la conversión. No se puede evangelizar sin corazones transformados por las Bienaventuranzas, de manera que llevemos por todos los caminos la Buena Noticia del Evangelio a toda la humanidad.

Todas las Bienaventuranzas se podrían resumir en una sola: Bienaventurados los que tienen el corazón ilimitadamente bueno como el de Jesús. Esta es la santidad a lo que estamos llamados todos y que nos recuerda esta fiesta de todos los santos.

Que nuestra Madre la Santísima Virgen de Guadalupe nos conduzca por este camino de santidad.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España